

Un femenino. Mujeres en el Control de admisión y permanencia.

Betania Cabandie.

Cita:

Betania Cabandie (2017). *Un femenino. Mujeres en el Control de admisión y permanencia. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/483>

Un femenino, mujeres patovicas

Betania Cabandié

FaHCE. UNLP

Eje: Sociología del poder, el conflicto y el cambio

Mesa 76 "La construcción de la (in) seguridad y su gobierno. Nuevos y viejos actores, racionalidades y lógicas de acción"

Resumen

El Control de admisión y permanencia (CAP) es, en términos formales, el ámbito de la seguridad privada que tiene como objeto el control sobre la admisión y circulación del público en espacios privados de acceso público y masivo, como son los bares, *pubs* y boliches. Los trabajadores de esta actividad son comúnmente conocidos como “patovicas” y aunque esta palabra no indica género es utilizada solo para designar a un hombre que se desempeña en la tarea de seguridad de un evento. Para referirse a una mujer que desarrolla esta misma actividad utilizan la palabra “femenino” y, en menor medida, “controladora”. Este movimiento puede ser indicio de que el control de admisión y permanencia es una tarea principalmente masculina, donde la mujer está invisibilizada.

En este trabajo nos proponemos, a partir de un acercamiento etnográfico, indagar la particularidad de la construcción de las femineidades en el CAP considerando que esta actividad se realiza principalmente en discotecas y recitales, espacios que tienen lógicas específicas respecto al género y en el contexto de una actividad socialmente entendida como masculina.

Palabras clave: Seguridad privada- Control de admisión y permanencia- Patovicas- Género- Mujeres

1. Introducción

“Patovica” es el nombre con el que se conoce en variados ámbitos sociales a los guardias de seguridad que regulan el ingreso en discotecas, bares y recitales. El trabajo de estos agentes tiene gran visibilidad en La Plata, una ciudad con un alto porcentaje de estudiantes y una oferta heterogénea en cuanto a espacios de diversión nocturna. En términos formales la actividad de estos agentes se denomina “control de admisión y permanencia”, siendo su función regular y controlar el ingreso, egreso y permanencia en espacios públicos o privados de acceso público y masivo. Esta regulación guarda correspondencia con las normas establecidas por los dueños de los espacios a controlar. La disputa con los/as clientes por el acatamiento y el sentido de estas normas constituye el origen de los conflictos nocturnos.

Se desprende de su función que a las personas encargadas de realizar esta tarea se las llame formalmente, “controladores”. Sin embargo, en el ámbito de la nocturnidad es más frecuente, la tradicional designación, “patovicas”. Estos dos términos implican formas diferentes de concebir y desarrollar la profesión. Mientras el modelo de “patovica” se relaciona con prácticas tradicionales y fuertemente moldeadas por la violencia como método de ejercer el control; el modelo de “controlador” persigue la profesionalización de la actividad, reivindicando la posesión de un conjunto de técnicas de manejo de situaciones conflictivas a partir del dialogo y el uso medido de la violencia (Cabandié, 2017). Las mujeres se insertan en esta profesión dentro del modelo de “controlador”, puesto que las prácticas propias del modelo de “patovica” limitan el desarrollo de la profesión a los hombres por tratarse de una actividad que requiere del despliegue de técnicas asociadas con la virilidad.

En el siguiente trabajo entendemos la profesión de patovicas y controladores/as como una actividad dentro del ámbito de la seguridad privada en tanto su principal función es el mantenimiento de un orden instrumental, es decir un orden que permite optimizar las ganancias del ámbito donde se inserta (Shearing y Stenning, 1985). Esto implica, a su vez, entender al CAP como una forma de policiamiento, es decir, una forma social de control del delito y mantenimiento de un orden socialmente legítimo. Los/as controladores/as y patovicas están habilitados para usar la fuerza, en espacios privados previamente definidos, a fin de resguardar la vida y bienes de las personas.

Según el diseño curricular establecido por la Dirección General de Cultura y Educación, el objetivo de este módulo es promover en los trabajadores el desarrollo de herramientas comunicativas a fin de que puedan evitar o controlar situaciones violentas en sus ámbitos laborales. Dados los objetivos del módulo creí conveniente promover en los alumnos la discusión crítica respecto a su profesión a fin de que pudiesen analizar y reflexionar sus prácticas cotidianas, a la vez que ponían en juego diferentes estrategias comunicativas. Cada clase abordó una temática diferente, en la que los alumnos exponían sus saberes y reflexionaban de forma oral y escrita sobre sus prácticas, siempre bajo una consigna concreta.

Por otra parte, mi rol como secretaria toma lugar dentro de las oficinas del sindicato de controladores. Desde ese lugar, tuve la posibilidad de relacionarme diariamente con actores significativos dentro del ámbito que posteriormente entrevisté. Puntualmente esta ponencia se nutre de una entrevista realizada al dueño de una de las dos empresas CAP existentes en la ciudad, en el año 2016.

2. Las mujeres en el ámbito CAP

Como decíamos anteriormente el CAP es una tarea principalmente masculina, donde la mujer esta invisibilizada. Esto puede explicarse, en primera instancia, por los ítems que son valorados al momento de la contratación y durante la jornada de trabajo, el despliegue de formas socialmente entendidas como viriles o masculinas. En segunda instancia puede entenderse por la composición del personal abocado al CAP en tanto la gran mayoría de trabajadores en este ámbito son varones y el ingreso de las mujeres a la actividad es tardío. Sumado a esto, socialmente se relacionan las tareas de seguridad y protección al uso de la fuerza y esta última con cualidades típicamente masculinas. En este sentido, se presenta a la seguridad privada en uno de los extremos de la división sexual del trabajo:

(...) la distribución del sistema de ocupaciones reproduce los roles tradicionales en el hogar (protección, fuerza, relación con el exterior para los hombres; cuidado afectividad, relación con el interior para las mujeres). Esta división se reproduce a su vez en el propio seno de la industria de la seguridad privada: (...) las mujeres se encargan de tareas que no podrían realizar los hombres (Lorenc Valcarce, 2014:150).

El CAP no es la excepción dentro de la seguridad privada, pero es necesario analizar su particularidad: esta actividad se realiza principalmente en discotecas y recitales, espacios que tienen lógicas específicas respecto al género. En su estudio sobre jóvenes de sectores populares, Silba describe a las bailantas y discotecas como espacios dominados por clasificaciones binarias de roles y expectativas. “Así mientras las mujeres se ocupaban de demostrar destreza y seducción a través de la danza, los varones se esmeraban por marcar espacios propios” (2009:230). Retomamos esta idea para caracterizar el escenario donde se realiza la actividad del CAP. En el contexto de una actividad claramente masculina y fuertemente delimitada por las construcciones de género es pertinente preguntarnos cuál es el rol de las controladoras, en relación a las funciones de patovicas y controladores, y cuáles son los sentidos otorgados al rol femenino.

Para analizar el lugar de las mujeres en el CAP es necesario considerar que el ingreso a la actividad es aún reciente. Esta incorporación parte de las imposibilidades de los controladores varones para realizar ciertas tareas como el cacheo² y el control en los baños de mujeres. Por esta razón es más frecuente encontrar “femeninos” en recitales y bailantas, donde estas prácticas son más habituales. Por el contrario, en las discotecas y bares céntricos la presencia de controladoras es mínima o nula. Esto se explica porque la revisión de cuerpos y pertenencias no son prácticas habituales en tanto las mujeres del público no son consideradas sospechosas. En estos establecimientos se reemplaza a las controladoras con personal de limpieza para que mantenga el orden únicamente en lo que respecta a la higiene de los baños.

Podríamos decir que al interior de los establecimientos existe una división de tareas en base al género, pero además entre estas tareas se establece una jerarquía, que deja para las mujeres las posiciones subordinadas. Mientras que los hombres ocupan posiciones valoradas, como la puerta, a las mujeres les corresponde el control de los baños y el cacheo, tareas consideradas monótonas y de baja especialización.

A diferencia de los controladores y patovicas, las controladoras no identifican la actuación en conflictos entre mujeres como una de sus principales funciones, sino el auxilio en los

² El cacheo implica palpar el cuerpo en busca de objetos prohibidos. Los cacheos son realizados por personas del mismo sexo y se pueden hacer en forma manual o con ayuda de paletas detectoras de metales. Junto con el cacheo se revisan los bolsos e incluso se le puede pedir a una persona que se saque el calzado.

baños y escenarios a mujeres descompuestas³. En los casos en los que se produce un conflicto entre dos mujeres de público o entre una clienta y una controladora, las controladoras no cuentan con la ayuda de sus compañeros. No ocurre de igual manera para el caso de los varones, aquí se activa un sistema de solidaridades en donde se protege al controlador. La desprotección de las controladoras podría explicarse por dos razones. Por un lado, no hay otras controladoras para que recurran en su auxilio. Por otro lado, circula la idea de que los controladores tienen prohibido tocar a una mujer del público.

El trabajo de Garriga Zucal (2013) donde se abordan las representaciones sobre lo masculino en policías bonaerenses se muestra que la forma ideal de ser policía que se estructura en torno al coraje, la bravura, la fuerza, la hombría y la ausencia de temor a la hora de combatir el delito. Para el caso del CAP, encontramos un ideal similar, aunque no existe como precepto el combate del delito, sí en cambio es destacado el cuidado de la propiedad y del respeto por las normas de un lugar. En el imaginario del “verdadero policía” el lugar del cuerpo es central puesto que de allí emerge fuerza física, para el caso de los patovicas/controladores este ítem está exacerbado ya que no cuentan con otras armas más que su propio cuerpo. La prohibición del uso de armas le da a la fortaleza física, la valentía y la ausencia de temor una mayor importancia. Los controladores/patovicas compensan con el uso de cuerpo la carencia de armas a la hora de un enfrentamiento por lo que las características físicas asociadas al valor elevan las posibilidades de ser contratado. Los controladores de contextura delgada y las controladoras compensan sus desvíos del ideal físico con conocimientos en técnicas de bloqueo corporal. La necesidad de compensar los desvíos del modelo ideal, nos permite afirmar que los controladores, al igual que los policías, reproducen estos ideales, “ajustando” sus comportamientos.

Estas representaciones exigen a los funcionarios policiales ‘ajustar’ sus ideales corporales al legítimo molde del verdadero policía. Es necesario, entonces, poner en escena, actuar un cuerpo. La teatralización de la fuerza física, construye un ideal de policía, un ‘verdadero policía’ (...). Gestos, modismos, usos del cuerpo que remiten a la fuerza, a la valentía ensamblan al policía ideal. Este ideal (...) del uso de la fuerza es escenificado hasta por aquellos que no

³ El alcohol y el sofocamiento llevan a que las mujeres del público se desmayen por lo que otras mujeres las ayudan, asisten y manipulan.

encajan en este molde (...). La teatralización de la masculinidad es un mensaje de unidad hacia adentro y de diferenciación hacia afuera. (Branz y Garriga Zucal, 2013:4).⁴

En repetidas oportunidades pudimos observar durante el trabajo de campo cómo ciertos tonos de voz, posturas, palabras, gestos son exacerbados en determinados momentos. En palabras de los autores, podemos decir que también en el CAP se “teatralizan” formas ideales de ser patovica/controlador/a.

De igual modo controladores/as y patovicas comparten como valoraciones positivas poseer fuerza, valentía, disposición para actuar rápidamente en una situación conflictiva. Calandrón (2014), en su estudio sobre mujeres en la policía bonaerense, sostiene que aunque los valores que componen el ideal de policía se asocian a la masculinidad, no se realiza la misma asociación en las comisarías. “Esas cualidades definían el buen desempeño de la profesión y no únicamente el sentido masculino de esta. Las mujeres, para ser buenas policías, también debían mostrar estas habilidades” (2014:59).

El último tema del que se habló en la clase fue el ascenso en el trabajo.

Les pregunté si tenían expectativa de ascender, de pasar de controlador a encargado, si esto era algo que les interesaba.

Marcelo respondió que a él no le interesaba porque era un trabajo provisorio. Contó que hacía un año que él trabaja en el mismo boliche, pero que era una actividad que desarrollaba de manera intermitente, cuando necesitaba plata. ‘Es plata fácil, que te llevas a casa el mismo día’, dijo.

Las chicas, en cambio, decían que sí se veían ascendiendo porque les gustaba el trabajo. Entonces, le pregunté a cada una por qué les gustaba el trabajo.

Mariana dijo ‘me encanta, me gusta todo lo relacionado a la vigilancia’. Contó que en su juventud estuvo a punto de entrar a infantería pero

4 El concepto “teatralización” podría remitirnos a la ficción, es decir, a la idea de desarrollar un papel que no guarda necesaria relación con la realidad. De otra forma, podemos entender a la teatralización como “poner en escena”. A la luz de este último significado es que analizamos el comportamiento de los patovicas/controladores.

‘quedo embarazada’. Y que ya llevaba 8 años practicando boxeo, lo cual consideraba, le aportaba herramientas para el trabajo.

Alejandra dijo que le gustaba ‘todo lo relacionado al trabajo’, porque sentía que era para eso, porque nunca tenía miedo. Para ejemplificar esto contó: ‘yo enfrenté al Monti, a ese chico que ellos decían [anteriormente estaban hablando de un chico apodado Monti, por montaña, en referencia a su contextura física], no me da miedo nada’.

Mariana intervino diciendo que ella tampoco tenía miedo pero que eso no implicaba que fuera en busca de conflictos (Registro de campo, junio de 2015).

En primer lugar, podemos notar que, como señala la autora, cualidades, como la ausencia de miedo, que hacen al modelo de patovica y controlador, remiten al buen desempeño del oficio. Por lo tanto, “no tener miedo” era valorado también por Mariana y Alejandra. Pero Alejandra fue aún más lejos en su relato, dijo haberlo puesto en acto al enfrentar a un hombre de una gran contextura. Alejandra sería así poseedora de una característica valorada entre los patovicas, actuar con valentía y sin medir las consecuencias. Mariana, por su parte, manifestaba una afición por el uso de la fuerza, mostrando la preponderancia del cuerpo. Sus intenciones pasadas de alistarse en la Infantería y la práctica en boxeo, podrían ser indicio de ello.

En segundo lugar, esta situación se desarrolló en el contexto de una clase que excepcionalmente contó con la presencia del preceptor suplente, Carlos, quién además era un controlador con mucha experiencia y que pertenecía al Sindicato. La presencia de Carlos le otorgó una dinámica diferente a la clase. Los/as alumnos/as, esa vez, estaban con alguien que conocía la actividad y el ambiente de la noche. Durante toda la clase hicieron referencia a personas, lugares y hechos que todos ellos conocían. En su afán de estar a la par, mostraban ante Carlos cuánto sabían. Mariana, Claudia y otras mujeres, “teatralizaban” la conducta patovica para obtener el reconocimiento de quien ellas consideraban un verdadero patovica. Es decir, entre las mujeres, al igual que entre los policías que estudia Garriga, se repite la dinámica de la “teatralización” como escenificación de ciertos rasgos en situaciones específicas. Ellas también buscan el reconocimiento de los hombres, la aprobación homosocial.

El buen desempeño como controladoras puede que sea visto por los foráneos como pérdida de la feminidad. Calandrón, en este sentido, sostiene en su estudio que “la fuerza física, la agresividad verbal y la tenacidad en situaciones riesgosas no eran, para las policías mujeres, registros de pérdida de su feminidad” (2014:59). Encontramos una coincidencia sobre este punto, las controladoras tampoco registran la correspondencia con el modelo de patovica como pérdida de feminidad. Más aún, es un requisito de los empleadores no perder las formas asociadas a la feminidad. Actuar haciendo uso de la fuerza y “sin miedo” en casos de conflicto es clave para mostrar las habilidades de las controladoras. Pero son instancias, aunque regulares, que salen de la rutina de trabajo. La mayor parte del tiempo, las controladoras están en contacto con los clientes y este trato debe ser amable. Si bien tanto a varones como mujeres se les exige por parte de los empleadores mantener un trato cordial con los clientes, el mandato es mucho más estricto para de las mujeres. Es socialmente aceptado, por ser un rasgo asociado a la masculinidad, que un controlador sea hosco, pero es directamente desaprobado para las controladoras. Ellas deben mantener restringida la escenificación de la fortaleza y el coraje para los momentos de conflicto.

En lo que refiere a las cualidades personales, a diferencia de otras actividades relacionadas a la seguridad, y de otros empleos en general, el CAP no impone límites en relación a la edad para las mujeres. Mientras que en el caso de los varones puede que se prefiera a los más jóvenes, se da a la inversa para las mujeres. Es frecuente encontrar mujeres que como Mariana habían querido entrar a alguna fuerza de seguridad o, en otras ocasiones, policías retiradas. En este sentido, durante el trabajo de campo las alumnas mencionaron en repetidas oportunidades a que debido a su falta de experiencia antes “tenían miedo” (en referencia a agresiones de sus parejas, por ejemplo) pero que entonces ya no. La edad, traducida en experiencia, era para ellas un aporte fundamental al buen desempeño como controladoras.

En la clase del 4 de junio de 2016 surgió como tema de conversación la violencia de género en relación a la marcha del día anterior⁵ (...) Dos de las mujeres presentes en la clase dijeron haber sufrido violencia de género. Una de ellas, Alejandra, dijo haber sido

⁵ El 3 de junio de 2015 se realizó por primera vez la marcha de “Ni una menos”, una protesta en contra de la violencia hacia las mujeres

fuertemente golpeada por su novio cuando tenía 16 años. Aseguraba que de repetirse una situación similar, hoy no le pasaría lo mismo. Remarcó en varias ocasiones que en ese momento era “una boluda”, “una pendeja” y que por eso no había podido defenderse. Decía que ahora ni sus hijas pasarían por una situación similar porque ella podría defenderlas.

Mientras que la juventud en los hombres es valorada por asociarse a la fuerza física, para las mujeres es desestimada por relacionarse a la falta de experiencia, valor y destreza para manejar situaciones violentas. Las mujeres resignifican su experiencia de vida como saberes significativos para desarrollarse como controladoras. Mientras que los hombres extraen lo necesario para desarrollarse como controladores/patovicas de su corporalidad, las mujeres lo hacen de su experiencia de vida.

La corporalidad entre controladoras y patovicas marca una clara diferencia. Mientras que, como se desarrolló anteriormente, los empleadores valoran una contextura física prominente en los varones, en las mujeres ser gorda implica ser rechazada por no adecuarse al criterio estético. Entonces, si bien es valorado que las mujeres tengan fuerza, la cuestión estética es relevante para acceder al puesto de trabajo. En este sentido, la prolijidad en el uniforme marca una diferencia con los varones. Controlares y controladores visten el mismo uniforme aunque los empleadores esperan que las mujeres lo hagan de una manera mucho más prolija. Mientras que las mujeres del público resaltan su sensualidad dejando a la vista alguna parte de su cuerpo (Silba y Spataro, 2008), las controladoras visten completamente tapadas, de la misma manera que sus compañeros varones.

Diogo y Coutinho (2013), sostienen que la feminización de la seguridad privada se vio favorecida por el ingreso de nuevas tecnologías y por la demanda de los clientes de nuevos perfiles dentro del personal. El sector demandaría una “persona mejorada”, es decir, multifuncional, con estudios completos, con conocimientos en las nuevas tecnologías y poseedora de habilidades relacionales.

Essas mudanças causaram fissuras na área e abriram espaço para a entrada de mulheres, pois, de modo geral, elas vão ao encontro

do perfil que atualmente o mercado demanda e as empresas prestadoras de serviços buscam.

Las apreciaciones que hacen los autores coinciden con las declaraciones del dueño de una empresa CAP durante una entrevista, son los clientes quienes comenzaron a demandar la presencia de mujeres dentro del servicio que contratan

Betania: Ah bueno hablando de mujeres no te pregunte. Vos tenés mujeres, seguramente...

Lucio: sí, tengo

Betania: y a ellas ¿qué objetivos les das?

Lucio: para las chicas mira yo no te voy a negar que al principio yo estaba un poquito reacio al hecho de que... tuve ese prejuicio de decir se va a armar puterio, se van a empezar a calentar todos y que va a haber problemas. Entonces dije “¡no! ¡ no quiero!” Me empecine que no. Cuando agarramos “Milano” me piden un femenino y ahí tuve que poner.

Betania: y ellos para que te las pedían?

Lucio: y porque a veces hay conflicto entre mujeres o si se descompone un achica en el baño de mujeres no puede entrar un chico. (Entrevista a empresario CAP, 2016)

Según sus dichos, este empresario debió modificar su forma de trabajo acorde al requerimiento de los clientes y contratar mujeres. En esta cita llama la atención los motivos por los cuales se negaba a contratar mujeres, dichos prejuicios guardan relación con los estereotipos de género vigentes en nuestra sociedad. La inclusión de las mujeres en esta empresa echa por tierra estos preconceptos pero no logra romper con ellos, como lo vemos en el siguiente fragmento:

Lucio: Después empecé 12 personas, de las cuales 2 eran femeninos y 10 masculinos. No te puedo explicar el resultado que me da tener mujeres. Las chicas no faltan, no te llegan tarde, siempre impecables, “Pero que te paso boludo? El uniforme!; No se me mancho” [recreando el diálogo con un controlador]... las chicas siempre impecables prolijitas, entregaditas en tiempo y forma, increíble. Entonces empecé a poner en todos los lugares un femenino. Hoy te puedo decir que salvo dos o tres lugares que tienen el prejuicio que yo

tenía [hay mujeres]. ¡Es más! En “La Rocka” mi referente, mi encargada es una mujer. No te puedo explicar el resultado que me dio tener una mujer. Mismo en las puertas a veces, con un mamado y que una mujer te diga “no podes entrar por tu condición étfica” y el tipo se va. (Entrevista a empresario CAP, 2016)

Como lo describe el trabajo anteriormente citado, este empresario describe a las mujeres por oposición a los varones, continuando con la oposición entre lo femenino y lo masculino propia de los estereotipos dominantes. La contratación de las mujeres se da por su adecuación a estos mismos estereotipos, así se asocia a las mujeres por la prolijidad, la responsabilidad, el uso de la palabra y la diferencia respecto a los varones. Este último ítem haría que un borracho acate el pedido de una controladora. Como mencionábamos anteriormente, los clientes son promotores de la inclusión de controladoras y, como vemos en esta cita, pueden ser, al mismo tiempo, obtáculo para este ingreso.

Recapitulando, una mujer para ser contratada (y permanecer) en el ámbito CAP debe demostrar versatilidad, esto es poner en escena ítems relacionados con el uso de la fuerza y la valentía pero al mismo tiempo adecuarse al modelo de femineidad imperante. Sin embargo, en el trabajo de campo pudimos notar que no son consideradas únicamente estas cuestiones. Las mujeres deben tener “algo más” (Diogo y Coutinho, 2013) para desempeñarse en el CAP. Creemos que la gran mayoría de las mujeres empleadas poseen aprobado el curso CAP, mientras que la proporción entre los varones es mucho menor. Durante las clases las mujeres expresaban que deseaban realizar el curso para aumentar sus posibilidades de empleo, mientras que para el caso de los varones, ellos estaban ya empleados como controladores y sus empleadores les exigían realizar este curso para registrarlos en ReCAP. Es decir, las mujeres ingresan a un empleo luego de capacitarse, mientras que los varones se capacitan mientras trabajan.

La instancia del curso funciona como una red de recomendación que facilita el ingreso de mujeres a los escasos puestos disponibles y es, al mismo tiempo, una especie de prueba de idoneidad. Durante el tiempo de cursada los/as alumnos/as con empleo evalúan a quienes recomendar, a quienes “se la bancan bien”.

La percepción del trabajo cotidiano

Considerando al CAP como un área dentro de la seguridad privada y siguiendo Lorenc Valcarce (2014), podemos considerar a este oficio dentro de los “empleos de servicio interactivo” (Leidner, 1991). Esto es, empleos que se caracterizan por la indistinción entre producto, proceso y trabajador/a, donde la interacción entre estos aspectos es parte del servicio ofrecido. “Los empleos de servicio interactivo hacen uso de las apariencias de los trabajadores, personalidades y emociones tanto como de sus capacidades físicas e intelectuales, a veces forzándolos a manipular sus identidades” (1991:156). En este apartado nos interesa aproximarnos al modo en que las controladoras enlazan su oficio con sus personalidades y vidas extra laborales. En especial sobre dos cuestiones, la forma en que las controladoras describen su trabajo y la relación de este con su vida familiar. Durante las clases los/as alumnos hacían referencia constante a las connotaciones negativas de ser asociados al modelo de “patovica”. Eran las mujeres quienes se mostraban en abierta oposición a este ideal, mientras que dentro del grupo de varones existía una diversidad de posturas. En el caso de las mujeres no solo se evidenciaba un abierto rechazo al ideal de patovica sino también el despliegue de ciertas prácticas que las corrían de este modelo

El puesto de trabajo de Cristina es “las rondas⁶”, ella decía que cada tanto iba al baño porque siempre había una chica descompuesta. Entonces la ayudaba dándole un poco de agua. También contaba que antes de sacar a una chica le hablaba. Puso como ejemplo una situación en la que una chica le tiro del pelo a otra, entonces ella la apartó para hablar. La chica le explicó que la otra se había “metido” con su novio. Cristina le preguntó si se iba a perder una noche con sus amigas por un chico que no valía la pena, entonces, la chica se puso a llorar y finalmente le agradeció. Contaba que incluso muchas clientas la saludaban afectuosamente y que actuando de esa manera las clientas dejaban de verla como “la patovica.

Esta nota registra una conversación que tuve con Cristina, ella era controladora hace algún tiempo y sus puestos eran las rondas o los baños. De esta nota podemos destacar que no es inherente a su trabajo dar agua a quienes están descompuestos o ser consejera sentimental, sin embargo esta controladora lo describe como parte de su trabajo y como una forma que ella emplea para alejarse del mote de “la patovica”. Tan importante como ser reconocida

⁶ Recorridas a pie por el lugar

por sus compañeros varones como aptas para el trabajo es ser reconocidas como “controladoras” o “no-patovicas” por el público y sus familiares:

Lara: contaba que trabajaba hace un año y que por lo general hablaba [en oposición a pegar]. Dando cuenta de la efectividad de sus formas dijo que incluso podía sacar a una persona hablándole. Ella se refería todo el tiempo a chicas que tenían que ser sacadas o que les llamaba la atención. Mencionó que a veces las chicas le pedían que no las trabe para no pasar vergüenza en el boliche y que ella accedía con tal de que salieran.

También se refería a la imagen que tienen de ellos quienes están por fuera de la actividad. Contaba que su hijo le preguntaba si ella le pegaba a la gente y que ella para demostrarle que esto no era así, le agarraba las manitos atrás, como haciéndole una toma, para mostrarle la manera en la que inmovilizaba a la gente. Entonces ella le explicaba que no pegaba que solo los agarraba de esa forma y los acompañaba a la puerta.

De esta nota rescatamos en primer lugar que Lara destaca el uso de formas no violentas como lo son “hablar” y “trabar”. En segundo lugar ella señala como una habilidad propia el hecho de “sacar a un persona hablándole” es decir que el uso de la fuerza no es empleado por no ser necesario. Finalmente consideremos de esta nota la forma en que las controladoras consideran la manera en que son vistas por los otros, en este caso, su familia. De las notas anteriormente citadas podemos inferir que el modelo de controlador/a no solo habilita la presencia de mujeres en el CAP si no que también permite resignificar el trabajo de las controladoras con aquellos que no pertenecen al ambiente. Hablar, ayudar, trabar son prácticas que las mujeres destacan de su trabajo cotidiano para poner revalorizarlo.

3. Conclusiones

Sin bien el CAP es una tarea esencialmente masculina por su composición y los valores que estructuran el campo, podemos encontrar mujeres en este ámbito. Las mujeres ingresaron a la actividad desempeñando tareas que los varones se veían impedidos de realizar. Son tareas subvaloradas por no implicar peligro o uso de la fuerza. Las mujeres en el CAP deben tener la habilidad de poner en escena conductas defensivas, socialmente consideradas

masculinas, que en esta profesión componen el ideal y al mismo tiempo desplegar conductas asociadas con la feminidad como lo son la amabilidad y la prolijidad.

Aunque el espacio que queda para las mujeres en esta actividad es reducido (por el número y la visibilidad) las mujeres moldean el oficio de patovicas y controladores hasta imprimirle una impronta propia. De aquí podemos destacar habilidades comunicacionales y de asistencia para con los clientes. Creemos que el gran porcentaje de mujeres capacitadas puede explicar la valorización de estas prácticas en desmedro de aquellas signadas por el uso de la fuerza.

De este trabajo se desprende, además, que el uso de la fuerza o la capacidad para saber actuar en situaciones violentas, en el caso de las mujeres, está estrechamente ligado a la experiencia de vida. En oposición, los controladores y patovicas relacionan el uso de la fuerza con la corporalidad y la juventud. Nuestro objetivo en futuros trabajos será seguir indagando por esta vía de tal forma que podamos adentrarnos en los sentidos que circulan en torno al uso de la fuerza entre las controladoras.

4. Bibliografía

Branz, J. B., & Garriga Zucal, J. A. (2013). *Poder, cuerpos y representaciones sobre lo masculino, entre policías y jugadores de rugby*. Educación Física y Ciencia, 15(1), 00-00.

Cabandié, B. (2016). *Entre “patovicas” y controladores”. Percepciones sobre las competencias laborales en el Control de Admisión y Permanencia, La Plata 2014-2016*. Cambios y Permanencias, (7), 546-571.

Calandrón, Sabrina (2014). *Género y sexualidad en la Policía Bonaerense*. San Martín: UNSAM Edita.

Diogo, M. F., & Coutinho, M. C. (2013). A inserção de mulheres no segmento de vigilância patrimonial privada: entre conquistas e manutenções. *Psico*, 44(3), 421-431.

Leidner, R. (1991). *Serving Hamburgers and Selling Insurance: Gender, Work, and Identity in Interactive Service Jobs*. En *Gender and Society*, Vol. 5, No. 2 (Jun., 1991), pp. 154-177. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/189482>

LorencValcarce, F. (2014). *Seguridad privada. La mercantilización de la vigilancia y la protección en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Miño y Dávila

Silba, M., & Spataro, C. (2008). *Cumbia Nena. Letras, relatos y baile según las bailanteras*. Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (comps.) Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea, Buenos Aires: Paidós.

Silba, Malvina (2009). *Identidades Cumbieras: una reflexión en torno a prácticas y representaciones de y sobre mujeres y varones jóvenes de sectores populares*. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.